



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

LA ESCUELA HISTORIOGRÁFICA ESPAÑOLA DE ORIENTALISTAS OCHOCENTISTAS

Por Luis Eugenio Togoresh Sánchez

I. Introducción

Uno de los grandes ciclos de sucesos históricos fundamentales para la comprensión del presente ha sido lo que Renouvin llamó "la cuestión de Extremo Oriente". Su importancia no radica exclusivamente en la transcendencia de los hechos acaecidos en las aguas y tierras próximas a los mares de China —sucesos que por sí mismos no resultan más fundamentales para la historia global de la humanidad que los coetáneos ocurridos en el corazón del Africa Negra, o en las selvas amazónicas—, sino en la importancia que para Europa, dado que no podemos olvidar nuestra condición de europeos y la carga egocéntrica que historiográficamente esto conlleva, tuvo la serie de determinantes acontecimientos acaecidos en el Lejano Oriente, básicos para el desarrollo de la historia de lo que los occidentales entienden inicialmente como expansión colonial, y luego como «nuevo imperialismo». Todo dentro de un proceso que duró desde los inicios de las Guerras del Opio, hasta el estallido de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki.

La sociedad europea, occidental, se vio ganada, no sólo por el exotismo de Oriente, sino por lo que el Imperio Chino¹ y las tierras y mares próximos a él suponían en los campos político, económico y geoestratégico. El asalto al Palacio de Verano —en 1860— de los Emperadores Manchúes supuso la llegada a Inglaterra y Francia, y a través de ellos a toda Europa, de la moda y el gusto por lo oriental; junto al ya tradicional té de las cinco, tibores, lacas, sedas, perritos pekinéses, etc., se sumaron a la recargada cultura burguesa de la época.

La violación que sufrieron las fronteras del mundo interior chino, tras la firma del tratado de Pekín de 1860², y la subsiguiente apertura de los puertos del Celeste Imperio³, incitó en la mente de comerciantes y hombres de negocios de todo Occidente la imagen de un mercado infinito, susceptible de comprar cantidades inmensas de productos manufacturados, pagaderos en seda, té, oro y plata⁴. Tras ellos, marinos y militares, políticos, literatos, estudiosos, aventureros de todo tipo se acercaron tanto física como mentalmente al viejo sueño europeo circunscrito a «Cattay».

Fruto de esta atracción en toda Europa por el Lejano Oriente fue el surgimiento de una serie de estudios geográficos, históricos, etc., sobre aquellas tierras, los pueblos, culturas y civilizaciones que las habitaban.

2. Qué es un orientalista

En la segunda mitad del pasado siglo surgieron estudiosos en diferentes campos, que bajo el nombre genérico de "orientalistas" volcaron sus esfuerzos en conocer con más profundidad una

parte del mundo que hasta entonces les había estado en buena medida prohibida, o que sencillamente había permanecido ignorada.

La necesidad que todo esfuerzo científico conlleva y la obligada rigurosidad en la aplicación de los términos, nos conduce a la siguiente definición, que por ser elemental no resulta menos necesaria; el diccionario nos dirá sobre la llamada ORIENTALISTA, lo siguiente:

"persona que cultiva las lenguas, literatura, historia, etc., de los países de Oriente",

lo que nos lleva a definir lo que se entiende por ORIENTE:

"Lugar de la Tierra o de la esfera celeste que, respecto de otro con el cual se compara, cae hacia donde sale el Sol. // Asia y las regiones inmediatas a ella de Europa y Africa. // (...) // (Extremo) Denominación con que se denominan las tierras más orientales de Asia, como Japón, Corea y China. // (Próximo) Está formado por los países que rodean la parte oriental del mar Mediterráneo. Comprenden las siguientes naciones: Turquía, Siria, Líbano, Israel, Jordania, Arabia Saudí y Egipto (...) // (Medio) Nombre con que designan los anglosajones al Próximo Oriente".

Definiciones que asientan claramente el correcto significado de este término hoy desvirtuado.

3. El orientalismo fuera de España

El interés de las potencias —especialmente de Inglaterra y Francia, en un primer momento, luego de Alemania y EE.UU.—, tanto a nivel estatal como particular, generó una dinámica en sus sociedades para conocer, saber, viajar hacia aquellas desconocidas y exóticas partes de la tierra. Pronto los libros de viajes, la novelística, la poesía, etc., siguieron el camino marcado por el comercio y el imperialismo que llevaban a Oriente. Este súbito interés de las sociedades europeas por aquellos espacios susceptibles de ser colonizados —si es que no lo estaban ya— desencadenó un movimiento cultural encaminado al conocimiento científico de aquellas partes del mundo.

Las riquezas y las posibilidades económicas de ultramar, siempre sobreestimadas, mantuvieron viva la fabulosa esperanza de "El Dorado": Esgrimida por diversos grupos de presión, popularizada por la literatura de evasión, deseo que ocupara un lugar importante en la mentalidad colectiva de la sociedad europea de la segunda mitad del siglo XIX. Las riquezas del Sáhara, del Extremo Oriente, o del sultanato de Zanzibar, fueron objeto de entusiásticas descripciones. Los intereses materiales, el gusto por la novela de aventuras en países exóticos, la filantropía, el nacionalismo, mezclándose de forma inextricable, serán motores de una época. Así nacerán una serie de organizaciones que con marcada intencionalidad cultural —y abiertamente imperilistas— dedicadas a promover estudios sobre los diferentes países de Oriente.

La ideología colonial fue propagada por todo el viejo continente por asociaciones que se esforzaban en convencer a la opinión pública, e intentando influir en las decisiones de los Gobiernos de sus respectivas naciones, sobre la justicia y la bondad de la actuación colonial. Estas reunían a representantes del mundo de los negocios, a intelectuales, religiosos y políticos.

Por toda Europa, desde un primer momento nacerá, al tiempo que las grandes compañías comerciales, y las sociedades misioneras, un extenso abanico de sociedades geográficas y científicas; este movimiento geográfico familiarizó a la opinión europea con los temas coloniales, contribuyendo a dar a la expansión ultramarina una justificación moral y científica, basada en los falsarios ideales europeos de universalismo¹⁰. A finales de la década de los setenta del pasado siglo estas agrupaciones contaban con Europa con más de 30.000 socios.

En Francia nació —en lo que se refiere a Asia— el "Comité de Asia Française" (1901); surgió la "Union Coloniale Française", fundada en 1893 por Chaille-Bert, dedicada especialmente a "la explotación de nuestro dominio colonial"; también existió el derechista "Comité Duplex", dedicado a atraer "la atención sobre las colonias a todos aquellos franceses aptos para convertirse en colonos". Ya dentro de un campo estrictamente "orientalista" surgió la "Société Académique Indo-chinoise", que bajo el lema "pour l'étude scientifique et économique de l'indetransgangétique et de la malaisie" realizó un importante trabajo sobre el que se ha cimentado buena parte de la actual fuerza del campo "orientalista" que muestra, no sólo la universidad francesa —especialmente la Sorbona—, sino la práctica totalidad del mundo cultural francés.

En la Inglaterra victoriana fueron especialmente importantes las sociedades coloniales; destacando el "Royal Colonial Institute", fundada por particulares en 1868, "para fomentar un mejor conocimiento de las colonias y la India"; la "Primrose League", de los discípulos de Disraeli¹¹; la "Imperial Federation", fundada en 1884 por sectores imperialistas como el liberal Foster, o por conservadores como Carnavon, etc.

Movimientos similares surgieron en otros países como Alemania, con la "Deutsch kolonial Gesellschaft", creada en Berlín en 1888; o la "Deutscher Flottenverein", 1898; con 5.000 secciones locales y 650.000 afiliados, que pronto impulsaría los deseos de desarrollar un papel fundamental dentro de la cuestión China, o de adquirir las colonias españolas de Filipinas, Carolinas, Marianas, Palaos, etc.

Todas estas escuelas y asociaciones británicas, francesas, alemanas..., promovieron el estudio, en mayor o menor medida, del Lejano Oriente. Fruto de este espíritu es la existencia en sus universidades y centros científicos de una ya claramente asentada línea de estudios sobre Extremo Oriente (cosa que en España aún está por existir).

Si pensamos cuál es la presente bibliografía histórica en castellano sobre esta zona nos encontraremos ineludiblemente abocados —salvo rarísimas y contadas excepciones— a tener que citar trabajos traducidos a nuestra lengua. Hablar de Fieldhouse, Chesneaux, Bastid, Boxer, Beeching, Franke, Trauzettel, Whitney Hall, etc., es cosa común para cualquier historiador español dedicado al orientalismo.

Esta historiografía de procedencia francesa, anglosajona o alemana, sistemáticamente ignora el papel desempeñado por España en Asia, básicamente por dos motivos: uno, por la pervivencia en su conciencia colectiva del espíritu que surgió en Europa con el «nuevo imperialismo» que tan bien formuló Salisbury en su discurso ante la "Primrose League", y en segundo lugar, por desconocimiento real de una historia ibérica en el Lejano Oriente que aún sigue en gran medida escondida dentro de nuestros riquísimos archivos sobre esta parte del mundo. Esta deprimente situación actual no fue siempre así; en el pasado existió una firmemente asentada escuela de "orienta-

listas españoles", que por ser desconocida no resulta menos real. La reivindicación y el conocimiento de este pasado surge en la actualidad como una necesidad.

4. La escuela española de orientalistas ochocentistas

Mientras que en buena parte de la Europa de las últimas décadas del siglo XIX, diferentes sociedades nacionales se veían atraídas — en mayor o menor medida— por todo lo que representaba y suponía el imperialismo, los españoles miraban con cierto escepticismo y recelo cualquier tipo de aventura ultramarina. España era una nación sumida en un permanente conflicto interior, con unas posesiones coloniales que formaban un disperso islario por todo el planeta —tan difícil de defender como de estructurar—, que obligaban de manera ineludible a atender a un cada día más acuciante conflicto colonial; el cual degeneraba sistemáticamente en guerras impopulares —con la salvedad de la Guerra de Africa de 1859— zanjadas con desastres coloniales como los Cavite, Santiago de Cuba, Barranco del Lobo, Annual, etc.

Mientras que la sociedad británica, en primer lugar, así como la francesa, alemana, e incluso en ciertos momentos la italiana veían una forma de engrandecer la nación y exorcizar los demonios nacionales mediante la expansión imperialista¹²; los españoles —tanto su clase política como las más populares—, y con la excepción de Cuba, veía en las actuaciones coloniales, sólo gastos, sangre inútilmente derramada, y problemas sin cuento.

Esta mayoritaria conciencia colectiva de la nación no fue siempre así. Este estado de opinión fraguó definitivamente tras los desastres del «98», y se reforzó con las catástrofes militares en el protectorado marroquí, que desencadenaron sucesos metropolitanos tan importantes como la Semana Trágica, el expediente Picasso, la dictadura de Primo de Rivera, etc.

Pero antes de estos sucesos España vivía ya relativamente de espaldas a ultramar; y sobre todo a sus colonias asiáticas, sin que esta situación supusiese que éstas fueran una carga o que careciesen de valor. En Filipinas, Carolinas, Marianas, Palaos, España tuvo una riqueza potencial —desde el siglo XVI— siempre desaprovechada. Este orden de cosas se puso de manifiesto especialmente durante el siglo XIX cuando británicos y franceses —primero—, estadounidenses y alemanes después, se lanzaron sobre el Lejano Oriente como una bandada de lobos hambrientos.

La fundación de bases como Singapore (sic) o Hong Kong —con los antecedentes ya conocidos de intentos británicos y franceses sobre las Filipinas— debieron despertar la atención de la clase política madrileña hacia unos mares y tierras en los que España tenía una situación e intereses privilegiados, y en la que el súbito esfuerzo realizado por Londres y París para ocupar posiciones tenía que haber sido por sí mismo una suficiente llamada de alerta sobre la importancia y valor de lo que allí se estaba dilucidando.

España, y los españoles, ignoraron todo esto, perdiendo quizás una de las oportunidades mejores que tuvo el país de coger nuevamente el tren de las grandes potencias. Esta situación no pasó desapercibida para toda la sociedad ochocentista española. Sólo un relativamente nutrido grupo de estudiosos e investigadores dieron numerosas, importantes, y continuas llamadas de alerta sobre lo que en Asia estaba ocurriendo.

A. UNA MINORÍA NO ESCUCHADA

Al tiempo que por Europa florecía el interés por Asia, y nacía un "orientalismo" vigoroso, sustentado tanto por la sociedad como por los propios gobiernos, en España surgía una corriente similar pero en condiciones notablemente más precarias.

Si en la actualidad se conoce relativamente la existencia de un "africanismo" de raíz hispánica, en los inicios del siglo XX, con nombres como los de León y Castillo, Joaquín Costa, Iradier o Bonelli¹¹, el "orientalismo español" sigue siendo aun hoy día el gran desconocido. Desde la década de los años treinta del siglo XIX, y hasta los comienzos del XX, surgió un nutrido grupo de investigadores que por diversos caminos llegaron a dedicar su obra a Filipinas, y al Extremo Oriente. Militares, funcionarios, historiadores, geógrafos, diplomáticos, mostraron un abierto interés tanto en lo estrictamente científico, como en lo práctico —política, economía, agricultura...— por esta zona del planeta.

La importancia y calidad de las aportaciones de los "orientalistas" ochocentistas españoles al conocimiento de Extremo Oriente han sido recientemente recopiladas, y clasificadas por diversos historiadores —en especial por el grupo de trabajo que dirige Lourdes Díaz-Trechuelo en Córdoba—, por lo que reflejar en estas páginas la relación de los mismos sería repetir un trabajo ya conocido. Pero sí resulta interesante señalar los nombres de sus más destacados representantes, así como analizar cuáles fueron los temas y características principales que les confieren —a nuestro criterio— con toda justicia la calidad de escuela historiográfica con plena pureza.

Nombres como Montero Vidal, Escosura, Cañamaque, Gainza, Vidal y Saura, Labra, Perojo, Coello, Díaz Sanjurjo, Palanca, Olabe, Sinibaldo de Mas, Vivar y Gazzino... no resultan extraños a cualquier investigador español sobre Filipinas. ¿Pero quiénes eran estos hombres? ¿De dónde procedían? ¿Por qué se interesaron por Asia? ¿Qué defendían con sus trabajos? ¿Qué intentaron decir?

A lo primero hay que contestar que su procedencia es muy diversa; entre ellos se encontraban políticos como Labra o Cañamaque, ambos senadores o diputados en Cortes en diferentes legislaturas; militares como Montero y Vidal, Palanca, Olabe, los cuales a lo largo de su carrera se encontraron prestando servicio en diversas ocasiones en aguas del mar de China —ya fuese luchando contra la insurrección mora en Jolo, como destacados en la expedición a la Conchinchina, o de guarnición en los apostaderos de Manila, Zamboanga o Ponapé—, situación que les llevó a preocuparse por la historia y la política de Extremo Oriente; religiosos como Díaz Sanjurjo o Gainza, continuadores de una tradición cultural —cronística— arraigada en la Iglesia desde su nacimiento; diplomáticos como Sinibaldo de Mas, Escosura o Mentaberry, que narraran y reflexionaran sobre los sucesos que acaecían entonces en torno a China, y sobre los hechos históricos en que se basaba la nueva situación; o simples científicos y funcionarios como Perojo, Coello... preocupados por el conocimiento y el estudio por sí mismo.

Su interés por Asia se cimentó en buena medida por sus viajes y permanencia en la zona, sobre todo en Filipinas, pero con un desencadenante múltiple; por un lado la importancia, riqueza, y futuro que veían en la presencia española en Filipinas, gracias a las inmensas posibilidades de todo tipo que atesoraba la colonia; a lo que se sumaba el contexto internacional de la época, que mostraba cómo el Lejano Oriente era lugar de pugna internacional, fuente de futuras e intermi-

nables riquezas, al tiempo que poco a poco se iba convirtiendo en la nueva "Cuestión" gracias al cada día más fundamental desarrollo colonial en la «zona» abocado a lo que luego sería pieza fundamental en el «nuevo imperialismo».

Esta escuela nos legó trabajos, no sólo sobre Filipinas sino sobre toda Asia. Estudios tan fundamentales, y en algunos casos aún no superados, como las diversas historias generales de Filipinas; análisis sobre sucesos concretos como las campañas de Joló, o la de los incidentes de Ponapé; estudios económicos y políticos, entonces de actualidad y hoy ya historia —plan de repoblación con presidiarios, de las Marianas; proyecto de poblamiento y emigraciones de annamitas a Cuba y Filipinas, etc.—; Atlas, mapas, levantamientos cartográficos y topográficos de las costas y tierras de Filipinas y zonas del continente; así como trabajos sobre el papel político y geoestratégico que debía desempeñar España dentro del entonces estado de cosas, para posteriormente analizar la presencia nacional en la zona y la forma de conservar ésta ante el acoso de las grandes potencias.

El mensaje que intentaron transmitir a Madrid, y a la sociedad española, fue el desaprovechamiento en que se encontraban todas nuestras colonias asiáticas, la importancia de las mismas, las amenazas que sobre ellas se cernían. Los prólogos de muchos de los trabajos publicados fueron una continua llamada de atención sobre lo que suponían y pasaría con las Filipinas. Así, Víctor Balaguer nos dice en su obra "Memoria de las islas Filipinas",

"(...) por la conciencia que tengo de lo que valen, significa, representa, necesita y espera el archipiélago filipino; por esto, y por la importancia que cada vez adquieren, y han de adquirir aún más todavía las cuestiones de Filipinas; por esto, y por la importancia que cada vez adquieren, y han de adquirir aún más todavía las cuestiones de Filipinas; por esto, y porque merece tenerse en cuenta que Filipinas requiere cuidados solícitos, estudio preferente y una gestión constante, activa, superior única, que preocupe y absorba por completo al encargado de realizarla (...). Por que no en vano se ha dicho que Filipinas es un gran imperio (...). El archipiélago filipino, y cuanto de él dependa o con él tenga relación, necesita alcanzar todo el celo de los altos poderes, atraerse la voluntad y herir la conciencia de los políticos expertos, despertar el cariño de los unos, excitar los intereses de los otros y ganarse, el amor de todos"¹⁵.

En otro trabajo podemos leer también en el prólogo las siguientes llamadas de atención:

"Las cuestiones que afectan al feraz imperio filipino, brillantísima colonia española, miradas hasta el presente con un interés pasivo y secundario por los gobiernos responsables (...) es el abandono con que los gobiernos han mirado a aquel pedazo de tierra española, regida por la voluntad o el capricho de las autoridades superiores, pendiente de las genialidades de las unas y de las otras, y en medio de la mayor ignorancia por parte de todos (...). Síntomas son estos de una decadencia política, y acusan una profunda anemia que debilita y extenua a los que en un tiempo fueron gobierno prepotente"¹⁶.

Por desgracia su obra no fue escuchada en la metrópoli, y así España no sólo perdió la oportunidad de conseguir una posición privilegiada en la «partida» que se desarrollaba por el control de Extremo Oriente, gracias a la innegable ventaja que confería el tener una colonia ya asentada como la de Filipinas, logrando penetrar en el continente —en Tonkin como proponían los religiosos y parte de los expedicionarios a Cochinchina—, o ensanchando sus posesiones insulares a costa de Formosa, como en cierta época se pensó en Madrid, logrando así restablecer por unos

caminos más lógicos y posibles la grandeza de España, en lugar de acometer acciones exteriores de tan estrechas miras y corto futuro como las realizadas por la Unión Liberal en Méjico o Roma¹⁷.

A riesgo de caer en la historia ficción, pero sustentado porque similares pensamientos surgieron entre los "orientalistas" ochocentistas, nos atrevemos a respaldar que si las ideas de estos hombres —Palanca, Olabe, etc.— se hubieran atendido y llevado a la práctica, muy otra habría sido la historia de España dentro del equilibrio diplomático y colonial del siglo XIX.

Asimismo, pocos años más tarde advirtieron el peligro inmenso que suponía para las Filipinas su desatención y olvido, que generaba —a causa de su manifiesta indefensión— una situación, en la que las ya demostradas como habidas potencias imperialistas con intereses en la zona desarrollaban un deseo de redistribución que hacia cada día más precaria la posibilidad de una permanencia española en aquella parte del mundo. Marineros y soldados, diplomáticos y políticos, comerciantes y religiosos, advirtieron de esto a unas Cortes que, siguiendo la tradición, no quería atender a buenas razones. Los resultados fueron la trágica suerte de Filipinas durante el "98"¹⁸.

Tras la guerra y la subsiguiente pérdida de las colonias asiáticas —seguidas de un breve y agitado período de publicaciones justificatorias o condenatorias—, el "orientalismo" español desapareció, y con él la línea investigadora y divulgativa, disuelto como si la artillería naval de Dewey lo hubiese definitivamente hundido.

5. El orientalismo español en la actualidad; aproximación a un estado de la cuestión

Prácticamente desde finales del siglo XIX —siendo el punto final temático, aunque no estrictamente cronológico, los sucesos de la guerra hispanonorteamericana de 1898— los estudios de índole histórica sobre Asia, y en especial sobre el Extremo Oriente, quedaron casi absolutamente relegados al olvido por parte de la historiografía española. Los estudios y trabajos, así como las publicaciones sobre Filipinas, y Asia en general, sufrieron una crisis casi total. Tras un aluvión inicial sobre las causas, desarrollo, consecuencias, etc., junto a biografías, memorias, sobre el conflicto, se produjo un vacío que con contadísimas excepciones se prolongó hasta casi la década de los sesenta de este siglo.

Durante las tres décadas que precedieron al conflicto civil de 1936 no se puede decir que en las librerías españolas desapareciese toda publicación relativa a esta parte del mundo. Así, y a título de muestra, se pueden citar obras como las "Memorias del general Kuropatkin"¹⁹, sobre la guerra ruso-japonesa, que prueba el interés mostrado por ciertos sectores minoritarios de la sociedad sobre el imparable despertar del nuevo gigante militar oriental; trabajos sobre temas de política internacional como el de Y. M. Goblet, "El crepúsculo de los tratados. Génesis de las guerras futuras", dentro de las entonces en voga tendencias geoestratégicas²⁰. Por lo general, obras extranjeras sobre la actualidad del momento.

En este periodo pocas obras serán fruto de estudios e investigaciones realizadas por españoles. El panorama en materia de estudios de índole "orientalistas" en España fue casi inexistente²¹. Aunque en los años inmediatos al conflicto de 1936/9, y durante la Segunda Guerra Mundial, el

interés de la sociedad española sobre Extremo Oriente se verá potenciado por la guerra entre China y el Japón, la cuestión del Manchukuo, la expansión del panasiatismo, etc., sucesos que llenaron la prensa de abundantes páginas sobre esta parte del mundo, llevando a ciertas editoriales a publicar algunas obras relativas al Lejano Oriente. Situación reforzada por la vinculación de España con las potencias del Eje Roma-Berlín-Tokyo, lo que produjo un cierto interés entre los vencedores de la recién concluida guerra civil hacia un país teóricamente próximo en su adscripción ideológica, sin que esta pseudo-concomitancia revitalizase los estudios de carácter científico sobre esta parte del mundo²². Durante estos años se publicaron diversas biografías, como las varias editadas sobre el almirante japonés Togo²³, así como trabajos sobre los sucesos chino-japoneses, y la posterior guerra del Pacífico. Habrá que esperar al final de la Segunda Guerra Mundial, y la subsiguiente guerra de Corea —suceso fundamental para la supervivencia del franquismo— para que de nuevo la semilla del "orientalismo" germine en España produciendo algunos frutos.

La guerra de Corea²⁴ —a los inicios de la Guerra Fría—, empujó a ciertos sectores franquistas a revitalizar el interés por el área como sistema de sostener y justificar la existencia de la dictadura, presentándola como adelantada en el anticomunismo —postura intrínsecamente ligada a la ideología del régimen de Franco— que en aquellos momentos se vivía en Occidente.

Será ya en la década de los sesenta cuando de nuevo la historiografía nacional recobre levemente la desconocida pero existente tradición "orientalista" española con pleno rigor científico: este resurgir vendrá de la mano de los trabajos de profesionales como la catedrática andaluza Lourdes Díaz-Trechuelo, o los trabajos del ya clásico Leandro Tormo, entre otros, que con sus trabajos sobre Filipinas resucitaran una línea historiográfica que parecía apagada para siempre²⁵.

Tras sus pasos llegarán tesis, memorias de licenciatura e investigaciones varias que llevarán hacia Asia a profesores y estudiosos como Leoncio Cabrero, José Cosano Moyano, Antonio Abasolo, Pedro Ortiz Armengol, José Luis Porras, Amancio Landín Carrasco, etc. Siguiendo sus pasos, en la actualidad se encuentran una cada día más fuerte corriente historiográfica, que a pesar de ser relativamente nutrida, destaca por su coherencia y espontánea compenetración. Bajo dos líneas principales se desarrollan estudios y trabajos sobre el área:

— La primera, se compone de estudiosos de las Filipinas, que desde diferentes puntos y enfoques netamente americanistas, centran sus trabajos en el pasado del archipiélago filipino. Se pueden citar nombres como los Ana María Prieto Lucena, Marta María Manchado —todos dentro de la órbita cordobesa de Lourdes Díez-Trechuelo—; otros como Sara Rodicio, Belén Bañas, Salvador Bernabéu Albert, Concepción Aguilera, Ana Calavera, Luis Ángel Sánchez Gómez, etc., dentro del americanismo madrileño con base en el C.S.I.C. —bajo la dirección de Francisco de Solano—, y en el departamento de Historia de América de la Complutense.

— Siguiendo un camino distinto, y en cierta forma —a pesar del tópico— distante, marcado por las líneas de estudios e investigación suscitadas en torno a José María Jover, ha surgido un pequeño grupo de contemporaneístas que se han acercado al campo de Asia por una vía muy diferente a la ya tradicionalmente marcada por el "Galeón de Manila"; derrota historiográfica de aproximación del americanismo español al archipiélago filipino. La historia de las relaciones internacionales, y la importancia fundamental de la ya antes citada "Cuestión de Extremo Oriente" a nivel mundial, y de los "98" (en este caso en el Pacífico) dentro de la historiografía española, ha generado un grupo de investigadores que precedidos por la solitaria —aunque sectorial actividad— de Julio Salom²⁶, o José U. Martínez Carreras²⁷, en la actualidad centran sus investigaciones

en temas asiáticos-filipinos; así han surgido algunos estudios parciales como los de Rosario de la Torre, con sus trabajos sobre el "98", o los de Luis Álvarez Gutiérrez sobre relaciones hispano-alemanas. Para dar paso a tesis sobre el área como la de María Dolores Elizalde, sobre la colonia española de las Carolinas; Agustín Rodríguez y sus análisis navales de la Marina de Guerra de la Restauración en Filipinas; Belén Pozuelo sobre las Marianas; Luis E. Togores sobre la historia de la política exterior de España en Asia en el siglo XIX; o la de Florentino Rodao sobre el tema anterior durante los años cuarenta y cincuenta de este siglo.

A éstos se unen los fundamentales, aunque escasamente difundidos, trabajos de religiosos especialistas en temas asiáticos que desde diversas Universidades de mundo, y desde los básicos archivos eclesiásticos de España, publican e investigan generalmente sobre la presencia religiosa española en Filipinas y en el Lejano Oriente. Entre éstos destacan nombres como los de Antolín Abad Pérez, Angel Martínez Cuesta, Isacio Rodríguez, Juan Ruiz de Medina, Jesús López Gay, Cayetano Sánchez Fuertes, Manuel González Pola, etc.

La vitalidad que está cobrando el «orientalismo» español de nuestra época viene refrendado no sólo por la existencia de una línea de investigación definida dentro del Plan Nacional de Investigación, sino incluso por los numerosos congresos, jornadas, etc., que se vienen celebrando en los últimos años sobre este campo geohistórico de trabajo.

En buena medida todo está siendo posible gracias a la forzada, pero real concienciación por parte del poder y de sectores intelectuales de la sociedad española, de la importancia de una zona del mundo en la que España tuvo un papel destacado en el pasado, y en la que debe mantener cada día más importantes relaciones de cara al futuro.

Conclusiones

En la actualidad, cuando en España se analiza y estudia historia que no sea estrictamente española²⁹ nos vemos obligados a basarnos en gran medida en bibliografía extranjera. La cual como producto de una concepción histórica —ya sea francesa, anglosajona o germana³⁰— que sistemáticamente margina el papel de las potencias secundarias —caso de España— dentro de una historia mundial de cuño europeo (sobre todo en lo que se refiere al período 1815-1939), en las que estas naciones moribundas aparecen casi exclusivamente por alusión.

El volver a nuestras raíces, tomar conciencia de la importancia que tiene tanto en nuestro pasado como para el presente una tradición historiográfica que creíamos casi inexistente, resulta una necesidad al tiempo que un deber intelectual. Los "orientalistas", "filipinistas", que en la actualidad investigan sobre el pasado de España en Asia —al tiempo que de los pueblos con los que entramos en contacto en aquella parte del mundo— para la recuperación de una historia común, tiene la obligación científica de reivindicar no sólo el papel —no por motivos políticos, ni nacionalismo mal entendidos— de España en Extremo Oriente, sino también la tradición de una escuela historiográfica que debe ser punto de partida de una labor de futuro, necesaria y obligada si España desea ocupar un papel tanto cultural como político en una nueva sociedad internacional que en la actualidad se está construyendo.

La ESCUELA HISTORIOGRAFICA ESPANOLA DE ORIENTALISTAS OCHOCENTISTAS fue una realidad, y como tal hoy se debe conocer y reivindicar, pues su obra y legado de futuro así lo exige.

Notas

¹ Si para Inglaterra el concepto colonias se fijó en buena medida en la India, para el conjunto de Occidente, cuando se pensaba en el Lejano Oriente se referían a China, hasta la concreción material de los imperios coloniales en la zona, que ya polizaron las miradas hacia áreas concretas que podían ser consideradas como propias.

² Ya en 1842, y 1858, se habían firmado tratados que quedaron en suspenso con el reinicio de las hostilidades entre China y los intereses franco-británicos en la zona.

³ Por el Tratado de Nanking (Nanjing) de 1842 se abrieron los puertos de Shanghai, Ningpo (Yinxian), Foochow (Fuzhou), Amoy (Xiamen), Canton (Guangzhou), Hong Kong; por el de Tientsin (Tianjin) de 1858, los de Newchwang, Tientsin, Chinkiang, Swatow (Xiantou), Ch'iung-Chou; por la convención de Pekín de 1860, el de Kowloon; posteriormente se abrirían otros puertos y ciudades a raíz de la Convención de Chefoo de 1876, del tratado comercial chino-francés de 1897, así como de la Paz firmada en Pekín tras la revuelta «Boxer».

⁴ El opio se introdujo en China al ser el único producto «europeo» que tenía aceptación en el mercado chino, dado el gravísimo desequilibrio en materia de «balanza de pago» que suponía la salida constante de plata y oro de Europa hacia las arcas de Cohong —gong hang— a cambio de té, seda, etc. Ver CHES-NEAUX, J. y BASTID, M. «China. De las guerras del opio a la guerra franco-china, 1840/1885», Vicens Vives, Barna, 1972, pág. 53 y ss.

⁵ Vv. aa. «Diccionario enciclopédico abreviado», Espasa-Calpe, Madrid, 1957, pág. 92.

⁶ En la actual historiografía española resulta habitual ver adjudicar este calificativo a estudios e investigaciones dedicados al mundo árabe —en especial al Magreb—, como se puede ver en las publicaciones de la «Asociación Española de Orientalistas», o en las jornadas dedicadas por la U.N.E.D.— mayo de 1989— al norte de África bajo el título de orientalismo.

⁷ Ver en Fieldhouse, David K. «Economía e Imperio», siglo XXI, Madrid 1977, la primera parte titulada «Interpretaciones del Imperialismo» sobre las causas generadoras del mismo.

⁸ Las populares y muy divulgadas obras de autores como Emilio Salgari, Conan Doyle, A. E. W. Mason, y el irrepetible Rudyard Kipling, sirvieron para crear una conciencia colectiva sobre el valor de la acción colonial, lo heroico de su actuación, el exotismo, belleza y riqueza de aquellos parajes, etc.

⁹ Incluso en países que hasta hacía relativamente poco tiempo habían sido colonias, y que por esta causa hacían dogma de fe de un cierto anticolonialismo, surgieron grupos imperialistas que —aunque con ciertas características propias— se ajustaban perfectamente a las corrientes ideológicas del «nuevo imperialismo»: Así, en EE.UU. nos encontramos en el grupo de Mahan, Roosevelt, Dewey..., similares al sólido, aunque no muy conocida, grupo imperialista británico «La Tabla Redonda», o al activo Partido Colonial Francés.

◆

¹⁰ Langer en su obra «The diplomacy of imperialism», Nueva York 1935, cpt. 3, dice a este respecto: «Algunos pensaban que estaban comprometidos en el cumplimiento de una misión divina para abolir la esclavitud, extender el evangelio y educar a los paganos. Otros pensaban que estaban protegiendo nuevos mercados de competidores peligrosos, asegurando su abastecimiento de materias primas, o hallando nuevos campos para la inversión».

◆

¹¹ Ante la que Salisbury pronunció en el Albert Hall de Londres, el 4 de mayo de 1898, su discurso de las «naciones moribundas». Ver *Time* del 5 de mayo de 1898, y el artículo de Rosario de la Torre «La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre "las naciones moribundas"» en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* VI-1985. U.C.M. Madrid, 1985, págs. 169 y ss.

◆

¹² Autores como James Joll (inglés) o el alemán Wolfgang J. Mommsen —entre otros muchos— dejan claramente demostrada esta proyección exterior de la conflictividad interior hacia la expansión ultramarina; ver Joll, J. «Historia de Europa desde 1870», Alianza Universidad. Madrid, 1976; Mommsen, W. J. «La época del imperialismo. Europa 1885-1918», Siglo XXI. Madrid, 1984.

◆

¹³ Ver la Presentación por Luis Beltrán del número I de la revista *Estudios Africanos. Revista de la Asociación española de africanista*, Madrid, 1985. En ella se hace un breve pero completo resumen del africanismo español que puede resultar aclaratorio.

◆

¹⁴ Ver en actas del el simposium internacional EL EXTREMO ORIENTE IBERICO: investigaciones y estado de la cuestión», los trabajos de Lourdes Díaz-Trechuelo, Antonio F. Barcia Abasolo, Ana M. Prieto Luena, Marta María Manchado titulado *Bibliografía española de Filipinas en el siglo XIX. Un análisis crítico*.

◆

¹⁵ Balaguer, Víctor. «Memoria de las Islas Filipinas». Madrid, 1895, págs. 4 y ss.

◆

¹⁶ Castillo Jiménez, José M. «El Katipunan o el filibusterismo en Filipinas».

◆

¹⁷ Cuando Moret formuló la creación de un imperio español en Oriente, era ya demasiado tarde para lanzarse a una aventura colonial que ya estaba plenamente conformada por el resto de las naciones europeas con intereses en la zona.

◆

¹⁸ La *Revista General de Marina* publicada en 1880, II vol., págs. 157 a 174, el documento titulado «Proyecto de programa naval del almirante Durán para la defensa de Filipinas, presentado en 1880», en el que se dice textualmente: «Así ha sucedido, y así debe suceder con mayor rapidez cada día, si sabemos utilizar nuestros medios de acción, si tenemos presente las lecciones del pasado y si las vicisitudes de los tiempos que por desgracia alcanzamos nos dejan perseverar en la empresa. Empresa grande y noble ciertamente, empresa absolutamente necesaria para España cuando a punto de ver desaparecer su preponderancia en las Antillas se le abren en el Extremo Oriente las puertas de un imperio marítimo, fuente inagotable de prosperidad y de grandeza. Sólo el archipiélago de Joló, prescindiendo de las producciones de su fértil suelo, encierra en sus aguas una riqueza incalculable de nácares y en perlas cuya explotación se halla en manos de negociantes extranjeros».

◆

¹⁹ Kuropatkin, I. «Memorias del general Kuropatkin», Montaner y Simón. Barcelona, 1909.

◆

²⁰ Goblet, Y. M. «El crepúsculo de los tratados. Génesis de las guerras futuras», J. Gil editor. Barcelona. 1935. Siendo de destacar que entre sus diez capítulos,

dos sean dedicados a Asia; «V. La potencia británica entre Egipto y la India», «VI. Las fronteras continentales del Japón».

◆
²¹ No son muchas las obras de interés a citar, pero se publicó por ejemplo el «Bushido» prologado y comentado por el general y legionario Millán Astray. Recientemente el profesor Jesús Paniagua de la Universidad de León ha realizado algunos trabajos sobre la presencia de cuestiones relativas a Extremo Oriente en los boletines de la Institución Libre de Enseñanza. Con todo, esta faceta del estudio de la sociedad española y su mentalidad y percepción sobre «La cuestión de Extremo Oriente» en los primeros años del siglo XX es un trabajo aún por realizar.

◆
²² Se realizaron muy pocas tesis sobre el área en este período de tiempo, siendo por nosotros conocidas las de Villa y Suico, Inés. «Evolución de la cultura y la escuela en Filipinas», 1932; Maloles, Octavio. «La historia de la doctrina de la separación de poderes en el gobierno de las Islas Filipinas», s/f; Rivera Marcado, Francisco. «Historia política de Filipinas», 1941.

◆
²³ De las cuales conozco cinco, siendo las más destacables las de Núñez Iglesias, Juan Ignacio. «El almirante Togo», Etid. Naval. Madrid, 1942; o la del vicealmirante vizconde Nagayo Ogasawara «Biografía del almirante Togo», Etid. Ibérica. Barcelona. 1942.

◆
²⁴ Como ejemplo ver Crew, Joseph. C. «10 años en el Japón», Peuser, Barcelona-Buenos Aires, 1945; *Hispanus* «Oriente frente a Occidente», Editorial Nacional. Madrid, 1956; Ivonne Pagniez. «El Vietnam y la Indochina Roja», Editorial Nacional. Madrid, 1955.

◆
²⁵ TESIS DOCTORALES LEIDAS EN LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID DE CARACTER ORIENTALISTA; Sarmiento, Hernando. «El padre Francisco Alzina y su obra sobre Filipinas», 1961; Tugade, Rodrigo. «La política educativa de Filipinas a través

de tres épocas históricas», 1963; Rabanal Mas, Jeremías. «La legislación canónico-civil sobre la jurisdicción eclesiástica en Filipinas», 1967; Calero Zurro, Conchita. «Influencia de España en Filipinas a través de la prensa», 1952; Hidalgo Laurel, Libia. «La obra educativa de España en Filipinas», 1953; Sabido Aguirre Lourdes. «El periodismo filipino durante la época española», 1955; Guerrero de García, Lía. «La evolución del estado social de la mujer filipina», 1956; Kondo, Yukata. «La adquisición de las Islas Filipinas por los Estados Unidos en la guerra hispanoamericana de 1898», 1959; Kolinski, Félix. «Imperialismo norteamericano en el siglo XIX con su solución en la guerra hispanoamericana», 1953; Ruiz Villanueva, María Lourdes. «Causas políticas de la guerra de Independencia Filipina», 1961; Cortes Fernández Lumba, Leticia. «Un bosquejo histórico de la Academia Filipina», 1965; Collantes Tomines, Ricardo. «El idioma español en Filipinas en la época contemporánea. Medidas oficiales y realidades», 1967; Luengo y Salutan, José María. «Los estudios eclesiásticos en los seminarios diocesanos en Filipinas en el siglo XIX», 1968; Díez Muñiz, Adolfo. «La demografía en Filipinas en el siglo XIX. La diócesis de Manila», 1987; Elizalde Pérez Grueso, María Dolores. «Las islas Carolinas colonia española, 1885-1899», 1987; Park, Chul. «Testimonios literarios de la labor cultural de las misiones españolas en Extremo Oriente: Gregorio Céspedes», 1985; Fule de Mesa, Octavio. «La sucesión del Estado en Filipinas», 1955; Syquia y Pineda, Enrique. «El proceso de Tokio», 1955; Rómulo, Alberto. «El principio de separación de poderes y las constituciones de Filipinas y los Estados Unidos», 1962; Wang, Neng-jang. «La estructura y la función de gobierno chino», 1972; Kwon. «La guerra de Corea a través de la prensa española», 1986; Do-Ningsay, Harry. «La herencia china y las ideologías de la China contemporánea», 1954; Sung, Agustín. «Historia de las relaciones entre China y la Unión Soviética», 1957; David y Saizaz, Josefina. «Un estudio de la Bolsa de Valores de Manila», 1963; Chi, jung-Ho. «Sistemas parlamentarios de la república China», 1966; Chi-Sun Wan. «El pensamiento político del fundador de la república china, Sun Yat-Sen», 1966; Yoom Kim, Taehyun. «La historia de los partidos políticos en Corea y la guerra coreana desde el punto de vista de los políticos», s/f.

Básicamente éstas fueron las Tesis Doctorales leídas en la Complutense sobre temas asiáticos. Es de señalar que muchas son obras de asiáticos, especialmente de filipinos. Fuente; ADES. «Catálogo de Tesis Doctorales sobre Geografía e Historia que se conservan en el archivo de la U.C.M., 1900-1987», ADES. Madrid, 1988.

◆

²⁶ Julio Salom ha dedicado su vida como investigador a estudios dentro del campo de la historia de las relaciones internacionales. Entre su obra destaca su tesis doctoral «España en la Europa de Bismarck», en la que ya se tratan en algunos apartados, cuestiones relativas a la presencia y actuación de España en Asia. Posteriormente este interés por las cuestiones del Lejano Oriente le ha llevado a publicar trabajos como «España ante el imperialismo colonial del siglo XIX: La cuestión de Joló-Borneo (1874-1885) o «El mar Rojo en las comunicaciones con el Extremo Oriente Ibérico en el siglo XIX: estado de la cuestión».

◆

²⁷ Hay que hacer notar —en referencia a la nota anterior— la carencia de bibliografía usual en España de origen italiano o portugués, lo cual resulta sintomático de lo ya expuesto.

◆

²⁸ Encargado de la asignatura de Historia Universal III (Afroasiática), en la U.C.M., depto. Historia Contemporánea, la cual ha sido durante muchos años única en España en los planes de estudios de la Licenciatura en Historia Contemporánea, ha publicado diversos trabajos sobre la historia de Asia y África, al tiempo que dirigía trabajos de investigación sobre este campo tan olvidado por la historiografía nacional.

◆

²⁹ Las diversas jornadas sobre «Filipinas y las islas del Pacífico», o el «I. Simposium internacional sobre el Extremo Oriente Ibérico», la inclusión de Filipinas dentro de los objetivos del recién creado Instituto de Cooperación al Desarrollo, y las relativamente numerosas publicaciones de investigadores españoles sobre esta parte del mundo así lo avalan.

◆

³⁰ En las universidades españolas se utilizan de manera generalizada los trabajos de historiadores extranjeros. No sólo para historia internacional —Renouvin, Mommsen, Joll, Hobsbawn, Taylor, Droz—, sino incluso para temas estrictamente españoles —Paine, Preston, Jackson, Elliott, Kamen...— que presentan en muchas ocasiones una historia dentro de una óptica estrecha y de raíz excesivamente centroeuropea y, por tanto, algo desvirtuada para los ojos de un ibérico.